

realidad. Un escritor, por ejemplo, que habiendo pertenecido á una faccion en tiempos borrascosos deja algunas memorias sobre sucesos que ha dirigido él mismo, ó en que ha tenido una parte importante, puede sin duda con exageraciones ú omisiones estudiadas, desfigurar los hechos, y por consiguiente debe ser leído con cierta desconfianza. Los hay en fin que llenan su relacion de reflexiones, que descubren sus miras políticas, y atribuyen á sus personajes planes de conducta, y quieren adivinar la causa secreta de todos los sucesos; pero se conoce fácilmente que todo esto no es mas que conjeturas, y que en lugar de una historia puede el autor haber compuesto solamente una novela.

Pero supongamos historiadores célebres, citados siempre con elogio, honrados por sus contemporáneos y por los siglos posteriores, y acreditados entre los críticos mas severos: historiadores cuyas obras lleven una marca de virtud y probidad que el arte no puede falsificar; que refieren hechos de la mayor importancia, cuyas pruebas auténticas pudieron tener á la mano con facilidad, entónces es imposible no creer su testimonio; y si ademas se encuentra enlazada su relacion con sucesos posteriores que concurren

á acreditar su verdad, si está sostenida por tradiciones nunca interrumpidas, constantes y universales, y grabada por fin en monumentos libertados de los estragos del tiempo, es haber llegado al mas alto grado de certidumbre histórica.

Demos á esta materia la ilustracion conveniente. ¿Qué puede exigirse de un historiador para que sea fidedigno? ¿Que conozca bien los hechos que refiere y sea verídico en sus relaciones? Pues muy frecuentemente puede presentárenos con cuanto hay mas á propósito para inspirar confianza en sus luces y en su veracidad

Si ha sido contemporáneo de los sucesos, puede conocerlos por la fe pública, como ya lo hemos explicado: por ejemplo, si alguno quisiese escribir hoy la historia de Francia de treinta años á esta parte, ¿le faltarian medios de saber con perfeccion, si no los pormenores, á lo ménos lo sustancial de los sucesos mas memorables de esta época?

Si tiene que referir hechos mas antiguos, puede rodearse de una multitud de monumentos que los recuerdan: un escritor, por ejemplo, que entre nosotros quisiera bosquejar los reinados de Enrique IV, de Francisco I y de Carlo-Magno, ¿no podria consultar la historia, memorias y documentos de toda clase relativos á

su empresa? Los historiadores contemporáneos han sido citados por los de las edades siguientes, estos lo han sido sucesivamente por otros, y de este modo se ha formado una cadena de testimonios perfectamente enlazados unos con otros que se prolonga sin interrupcion hasta nuestros dias.

En cuanto á la veracidad, es preciso conocer de dónde saca la historia su autoridad. No se le dan solamente las cualidades personales del que la escribe, sino mas bien la aprobacion de sus contemporáneos. Al leer á un historiador, nos parece oír á su nacion y á todo su siglo; porque ¿quién no ve que si fuese tan imprudente que quisiera engañar á sus contemporáneos sobre hechos ruidosos y de una notoriedad é importancia capaces de llamar la atencion pública, se lantavaria contra él un grito de indignacion que resonaria en toda la posteridad, designándole á todos los siglos como el mas insigne falsario? Un ejemplo aclarará esta discusion.

Nosotros creemos que Carlo-Magno fué á un mismo tiempo guerrero, legislador y literato, sabio al estilo de su tiempo, y protector celoso de la religion: para percibir mejor lo muy razonable que es en esta parte nuestra fe, supongamos por un momento que los famosos

personages que participaron de la gloria de este príncipe, los grandes de su corte, los guerreros, los magistrados, los preladados, y los hombres instruidos, nacionales ó extrangeros, que ilustraron su reinado salen de repente de sus sepulcros, y formando al rededor nuestro un senado augusto de testigos oculares de las acciones de Carlo-Magno, nos repiten su vida pública y privada, sus hazañas desde el Ebro hasta el Danubio, su aficion á las letras, su prodigiosa actividad, el órden que hacia observar en su palacio, y la celebracion de las asambleas de donde emanaron esos famosos *capitulares*. Yo pregunto: ¿nos ocurriria siquiera la idea de sospechar de la probidad y buena fe de estos venerables testigos? ¿No nos sentiriamos penetrados á su vista de un respeto religioso, y no recogeriamos con entera confianza cuanto nos refriesen de la gloria del héroe, objeto de sus discursos? Pues bien, si no nos es posible oír á tan graves y fieles testigos, podemos oír á su órgano, á Eginhard, llamado el Secretario de Carlo-Magno, cuyo testimonio transmitido hasta nosotros sin contradiccion, nos representa el de su siglo; porque ¿cómo suponer que formó el proyecto de engañar á sus contemporáneos y á la posteridad con falsedades fabricadas de

propósito? ¿No hubiera visto que iba á cubrirse de ignominia, y que su impostura seria descubierta, y se atraeria la vergüenza de haber mentado sin fruto? ¿Hubiera podido creerse poderoso para hacer callar todas las lenguas y todas las plumas, sobre hechos mas brillantes que el sol, y enlazados con la suerte de toda la Europa? Este silencio (aun en el caso de conseguirle) siempre hubiera sido de corta duracion: la verdad hubiera brillado por fin, y la impostura se hubiera confundido para siempre.

Ahora ya estamos en estado de comprender cómo un grande número de hechos se conservan en la memoria de los hombres, y se transmiten de edad en edad por conductos de tal modo seguros, que los hacen tan ciertos para la posteridad como lo fueron para los contemporáneos. Cuando ocurren grandes sucesos en una nacion, una multitud de personas son testigos oculares de ellos, y de este primer testimonio nace la fe pública; despues las medallas, las inscripciones, los obeliscos y los himnos perpetúan su memoria, y los escritores forman su relacion: si es falsa, excita reclamaciones; y si fiel, se propaga sin que nadie la contradiga, y se conserva de generacion en generacion.

Queremos conocer cuán difícil es que prevalezca la impostura sobre un hecho de grande importancia? Supongamos que hubiese ocurrido á un historiador ingles escribir formalmente que los franceses habian sido completamente batidos en los campos de Fontenoy, y que despues de esta memorable jornada habian penetrado los partidos en el interior de nuestras provincias, y venido á insultarnos hasta los muros de esta capital. ¿Creeis que los franceses hubieran sufrido con paciencia semejante impostura? ¿No hubieran salido de entre las naciones extrangeras que ningun interes tenian en la querella, y aun de entre el mismo pueblo ingles, escritores bastante veraces para declararse contra semejante fabula? Por consiguiente la impostura hubiera sido atajada, ó habria pasado á los siglos siguientes con las reclamaciones que hubiera provocado. Lo mismo que de la batalla de Fontenoy dirémos de la de Farsalia, pues tan difícil fué hace diez y ocho siglos engañarse ó engañar acerca del vencedor de Farsalia como lo ha sido uno y otro respecto del de Fontenoy. Sepamos distinguir en las narraciones históricas la sustancia de los hechos de sus circunstancias particulares. Nadie ignora que es mas facil inventar ó alerar algunas anédo-

tas privadas que los acontecimientos públicos; pero aun en aquellas es injusto no dar crédito á un historiador cuando no hay un motivo legítimo para desconfiar de él. Que los franceses y los ingleses no esten conformes en las particularidades de la jornada de Fontenoy, tales como el número de muertos, los vaivenes de la victoria, la formacion y resistencia de la famosa columna, y las causas de ganarse la batalla; que los unos atribuyan la gloria al mariscal de Sajonia, y los otros á la presencia del rey y del delfin, son á la verdad variaciones nada extrañas en la relacion; pero ellas mismas añaden mucha fuerza á la conformidad de unos y otros en cuanto al éxito y resultado de aquella inmortal jornada.

No hay duda que puede un escritor componer una historia falsa; ¿pero qué asunto tomará para ella? ¿Cuáles serán los personajes, el lugar de la escena, la duracion y circunstancias de los sucesos? ¿Y cómo podrá concertar semejante novela con la serie de otros hechos bien sabidos? En el cuerpo social todo se enlaza y encadena; y si en la sucesion de los hechos se quiere ingerir y hacer entrar como por fuerza uno falso, se destruye la armonía, y resultan contradicciones é incoherencias que ha-

cen resaltar mas la impostura. ¿Cómo podria manejarse un escritor, por ejemplo, que quisiese hacer del duque de Borgoña el sucesor de Luis XIV, y darnos la historia de este reinado imaginario? ¿Cuánto no deberia violentar las fechas, los monumentos, todas las tradiciones y todos los historiadores? Se veria precisado á desfigurarle todo, mutilarlo y descomponerlo enteramente, lo que seria un verdadero caos. Siendo pues los hombres siempre los mismos, tan imposible fué antiguamente inventar una fábula sobre el sucesor inmediato de Augusto como lo seria ahora componerla sobre el sucesor de Luis XIV.

Yo bien sé que cuando se ven los hechos al traves de las nubes del tiempo y de los siglos, creemos como que desaparecen, y que son como si nunca hubieran sido: sin embargo, por grande que sea la distancia que los separa de nosotros, no por eso han existido ménos: ni el intervalo del tiempo, ni la distancia de los lugares destruyen realmente los objetos: la verdad jamas envejece, y si la impresion de los hechos antiguos puede disminuirse, la conviccion permanece siempre la misma.

Un matemático escoces ha hecho un cálculo bien extraño: ha imaginado decir que el tes-

timonio no produce mas que *probabilidad*; que esta va siempre disminuyéndose á medida que pasa por las generaciones sucesivas; que el mayor grado de probabilidad le causa la relacion de los que han visto los hechos, el segundo la declaracion de los que los han oido contar á los primeros, y así sucesivamente hasta borrarse, digámoslo así, la probabilidad primitiva.

De este modo deberia ser solamente probable para mí, que nunca he visto Roma, la existencia de esta ciudad; language reprobado por el sentido comun, y contrario á la creencia firme é íntima de cuantos no carecen de él. Respecto á la disminucion sucesiva de la fuerza del testimonio, responderémos con un escritor frances.

„Los hechos de César y de Alejandro bas-
 „tan para demostrar la vanidad de los cálcu-
 „los del geómetra ingles; pues tan convecidos
 „estamos en el dia de la existencia de estos dos
 „grandes capitanes, como se estaba hace cua-
 „trocientos años; y la razon es bien sencilla,
 „porque la misma prueba tenemos nosotros de
 „estos hechos que la que habia en aquel tiem-
 „po. La sucesion de las diferentes generaciones
 „de todos los siglos es parecida á la de la ma-

„teria de que se compone el cuerpo humano,
 „que sin alterar en nada la esencia y forma de
 „este, se disipa y se renueva en parte á cada
 „instante. Un hombre es siempre el mismo
 „hombre, cualquiera que sea la alteracion im-
 „perceptible que se hace en la sustancia de su
 „cuerpo, porque no experimenta de un golpe
 „un cambio total; del mismo modo las diferen-
 „tes generaciones que van sucediéndose deben
 „considerarse siempre como las mismas, porque
 „el tránsito de unas á otras es imperceptible.
 „Siempre es la misma sociedad de hombres la
 „que conserva la memoria de ciertos hechos: así
 „como un hombre está tan cierto en su vejez de
 „todo lo admirable que ha visto durante su juven-
 „tud como lo estaba dos ó tres años despues del
 „suceso. Así es que no hay mas diferencia entre
 „los hombres que componen la sociedad de tal y
 „cual tiempo, que la que hay entre una perso-
 „na de veinte años de edad, y la misma perso-
 „na á la de sesenta; y por consiguiente ninguna
 „fuerza pierde el testimonio de las diversas ge-
 „neraciones, y es tan digno de crédito como el
 „de un hombre que á la edad de veinte años re-
 „fiere un hecho que acaba de ver, y á la de se-
 „senta refiere el mismo hecho como visto cua-
 „renta años ántes. Si el autor ingles hubiera

„querido decir solamente que la impresion que
 „causa un suceso en las almas es tanto mas vi-
 „va y profunda cuanto el hecho es mas recien-
 „te, hubiera dicho una verdad. ¿Quién en efec-
 „to no sabe que lo que solo oimos referir nos
 „conmueve mucho ménos que lo que se repre-
 „senta en la escena á la vista de los especta-
 „res? El hombre que por su imaginacion esté
 „mas dispuesto á dejarse engañar de los acto-
 „res sobre la realidad de la accion que repre-
 „sentan, será ciertamente aquel que mas se pe-
 „netra y mas vivamente se conmueva. La san-
 „grienta escena del dia de San Bartolomé, así
 „como el asesinato de uno de nuestros mejores
 „reyes no hacen, ni con mucho, la misma im-
 „presion en nosotros que hicieron en otro tiem-
 „po en nuestros antepasados. Todo lo que se li-
 „mita al sentimiento pasa con el objeto que le
 „excita, y si le sobrevive, va siempre debilitán-
 „dose hasta apagarse enteramente; pero la con-
 „viccion que dimana de la fuerza de las prue-
 „bas subsiste universalmente, y un hecho bien
 „probado pasa por el espacio inmenso de los si-
 „glos, sin que el convencimiento pierda su im-
 „perio sobre nuestra alma por mas que se dis-
 „minuya la impresion que hizo al principio en
 „el corazon: así es que estamos tan ciertos del

„asesinato de Enrique el Grande, como los que
 „vivian en aquel tiempo; pero no nos conmueve
 „en igual grado.”

Convencidos de la autoridad del testimonio humano sobre los hechos, harémos la aplicacion de los principios que hemos expuesto á la historia de Moises, y mas particularmente á la de Jesucristo y de los apóstoles; sacaremos de ella pruebas invencibles de su mision divina, y sentiremos toda la verdad de aquellas célebres palabras de D'Aguesseau á su hijo (1): „Cualquiera que haya meditado bien todas estas pruebas, halla que es no solamente mas seguro, sino mas fácil creer que no creer, y da gracias á Dios por haber querido que la mas importante de todas las verdades sea tambien la mas cierta, y que sea tan imposible dudar de la verdad de la religion cristiana como de la existencia de César ó de Alejandro.”

[1] *Etudes propres à former un Magistrat.* Œuvres, Tom. I, pág. 262.